



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Un ahorcado en La Serena

Los primeros conquistadores que llegaron a Chile fueron una especie de superhombres, a juzgar por las hazañas que realizaron. Y dentro de ese grupo selecto de soldados pueden considerarse como las tres mejores espadas del reino de España en América, a Pedro de Valdivia, Francisco de Aguirre y Francisco de Villagra, exactamente en ese orden. Por esta razón, cuando los aborígenes del norte se alzaron y destruyeron la recién nacida ciudad de La Serena, Valdivia encargó a Aguirre no sólo la refundación de la villa, sino además la pacificación total del norte.

Grandes esfuerzos tuvo que desplegar este capitán en la misión que se le había encomendado; pero, especialmente, una mano de hierro inexorable que ya se había hecho conocida. Aguirre aplicó una política que podía resumirse más o menos como sigue: «el que no se somete, muere».

Finalmente, logró la pacificación en todos los contornos de La Serena.

Después seguiría con esta acción hacia el norte. Pero, entretanto, la nueva villa comenzó a desarrollar en paz su agricultura, comercio y demás actividades que permitían a los vecinos crear sus fortunas. El lugar, enormemente estratégico para las comunicaciones por tierra con Perú, hacía que fuera de gran importancia consolidar esta situación. Finalmente, el resultado de todo este proyecto dependía de la firmeza del carácter del nuevo gobernador, don Francisco de Aguirre.

Juan Bautista Garibaldi, un poblador que por haber nacido en Génova era conocido como Bautista Genovés, vivía apaciblemente tras reunir un caudal

de cinco a siete mil pesos, tratando por todos los medios de pasar inadvertido a los ojos del gobernador. La dureza de don Francisco de Aguirre era conocidísima. Bien lo sabían los indios que había domeñado y los colonos que querían prosperar. El Genovés ya había tenido el pescuezo en el cepo por haber prestado su yegua a un amigo, Julio de Silva, para que se fugara de la justicia. Sabía que el gobernador lo vigilaba, y sólo mientras no le diera motivos para que descargara en él sus furores, podía vivir tranquilo.

Mas no duró mucho su paz. Pronto le llamaron a integrar un piquete de soldados que viajarían a Santiago con la misión de libertar a un hijo de Francisco de Aguirre que el Cabildo de Santiago mantenía retenido. Un oficial fue a requerirle y el Genovés le respondió en forma desabrida, sin percatarse de que el gobernador en persona iba pasando por el lugar. Al escucharle, don Francisco le conminó a obedecer la orden, pero al italiano ya se le había subido la mostaza a la nariz y respondió:

-«¡No tengo con qué aderezarme, y por lo tanto doy al diablo el arcabuz!»
Don Francisco, que no podía permitir tal falta de respeto y obediencia, comenzó por ponerse amoratado. Luego, cuando pudo sacar las palabras, rugió:

-«¡Ahórquenme a este bellaco traidor!»

Sólo ante tan terrible conminación, el Genovés le tomó el peso a su acto de rebelión. Pensó en escapar y, dando un salto, corrió a buscar asilo en la iglesia con los soldados pisándole los talones.

Allí permaneció hasta que llegaron García Díaz, primer alcalde, y Luis Ternero, regidor perpetuo, portadores de una buena noticia: Francisco de Aguirre le había perdonado.

Garibaldo les escuchó con suspicacia y aguardó hasta el anochecer. Por una ventana de la casa parroquial atisbó los alrededores y comprobó que todo se hallaba en calma. Salió con precaución, se dirigió a su casa y se acostó.

Cerca de las diez de la noche unos golpes en su puerta le sacaron de la cama. Un piquete de soldados le llevó a la plaza cubierto sólo por una miserable camisa y sin comprender qué estaba ocurriendo. Mas, al escuchar el fuerte vozarrón de un negro pregonero que anunciaba el castigo que se le había impuesto por traidor, comenzó a gritar llamando a los vecinos en su ayuda. Muchos se despertaron alarmados, y mientras algunos corrían a la casa del gobernador para implorar su perdón, otros se acercaron a la horca que se alzaba en la plaza.

Ante la estupefacción de los asistentes, que aún no se percataban de los acontecimientos, el alcalde ordinario Juan Gutiérrez comenzó a dar las órdenes para proceder a la ejecución. Armado con cota, celada borgoñesa y con la vara de la justicia en sus manos, no descuidaba detalle. El infeliz italiano vio a través de sus lágrimas al escribano Juan de Céspedes, y a su lado al alguacil mayor Luis Gómez, montado en un excelente caballo y con la lanza en la mano. Más atrás, el alguacil Diego de Carmona, acompañado de tres arcabuceros y tres negros que portaban hachones encendidos para iluminar el lugar.

A una señal de Juan Gutiérrez, el negro que oficiaba de verdugo se trepó a la horca y preparó el dogal. En tanto, la monótona voz del pregonero repetía:

-«Esta es la justicia que manda a hacer Su Majestad, y su real nombre el magnífico señor Francisco de Aguirre, gobernador de este reino, a este hombre por amotinador y traidor incorregible, para que a él sea castigado y a otros escarmentado».

Un coro de protesta se elevó de la muchedumbre atónita. Garci Díaz se culpaba de haber dado su palabra a Garibaldi de que nada tenía que temer. Otros, entretanto, le gritaban al alcalde Gutiérrez que cómo podía ajusticiar a este hombre si no se le había juzgado. La autoridad no tenía respuesta, sólo cumplía las terribles órdenes de Aguirre. Con voz enronquecida, se limitó a exclamar:

-«¡Ahórquenle, ahórquenle, que bien lo merece ese traidor, enemigo de Francisco de Aguirre!»

En segundos, el cuerpo del Genovés quedó balancéandose en el aire. Pero el acto, que estaba destinado a producir escarmiento, sólo consiguió despertar la furia de los pobladores que se abalanzaron sobre la horca. De un solo tajo cortaron la cuerda y el ajusticiado cayó exánime en los brazos de Alonso de Villadiego, que se apresuró en quitar el lazo del cuello. Ana López, rasgando sus polleras, cubrió el cuerpo semi desnudo del infeliz. El resto de la gente se arremolinó para impedir que se acercaran los soldados.

Mientras esto sucedía en la plaza, en casa del gobernador se desarrollaba otra escena bastante agitada. Luis Ternero, su mujer y Juan Mallorquín, imploraban por el perdón del Genovés:

-«¡Señor, a Bautista Garibaldi lo ahorcan!»

-«¿Está ahorcado?» -preguntó Aguirre.

-«Aún no, señor» -respondió Mallorquín, expectante.

-«¡Pues, ahórquenle a ese bellaco!»

Varias voces de otras personas que se habían congregado en la habitación comenzaron a rogar, con tanta pasión, que Francisco de Aguirre hubo de acceder:

-«Pues tomen esta daga, y si no está ahorcado, que no le ahorquen».

Diego de Saldaña, caballero del gobernador, corrió a la plaza seguido del resto, gritando que no le ajusticiaran, pues había sido perdonado, al tiempo que blandía en alto la daga de Aguirre en señal de testimonio. Cuando llegaron, Garibaldi acababa de ser salvado, mientras los soldados todavía no reaccionaban. Si no se lo hubieran quitado a la horca, el perdón habría llegado demasiado tarde.

Dentro de la cabeza del Genovés había un sin fin de confusiones. No atinaba a pensar. Una hora antes dormía en su cama, algo después escuchaba su sentencia de muerte, minutos más tarde se vio colgado de la horca y alcanzó a sentir que se le escapaba la vida. Ahora yacía en el suelo atendido por los otros vecinos, que lo levantaron en vilo y le condujeron con grandes muestras de alegría a la casa de Ternero, donde alojó esa noche.

A partir de aquella ocasión, el Genovés no podía conciliar el sueño. Pasaba las noches en vela viendo cómo se le aparecía la macabra figura de la horca en su habitación. Varios meses después, mientras se hallaba desvelado, escuchó el redoblar de tambores y la voz del pregonero apagada por la distancia. Salió a la calle y pudo distinguir al mismo negro que había anunciado su sentencia. Ahora comunicaba que había un barco fondeado

en Coquimbo, pero que el gobernador prohibía terminantemente que fuera abordado bajo pena de muerte.

-¡Una nave, la gran salvación! -pensó el sujeto, y sin detenerse a recoger ni lo más necesario, saltó las tapias y corrió furtivamente hasta el puerto, guiándose por las luces de la embarcación.

-¡Eh, los del barco! -llamó desesperadamente, temiendo que en cualquier momento aparecieran las patrullas del gobernador.

A sus gritos, los marinos enviaron una lancha y fue recibido en persona por el capitán Arnao Cegarra Ponce de León. Al poco rato llegó otro prófugo, un tal Hernando de Alvarado.

Al arribar a Santiago pidieron al Cabildo su protección contra las posibles represalias de Francisco de Aguirre, alegando su carácter atrabiliario y dictatorial.

Había escapado justo a tiempo. A los días de descubrirse su fuga, el alcalde Juan Gutiérrez abrió un proceso y pidió a Santiago la captura y envío del Genovés a la Serena. Y mientras esto se llevaba a efecto, le condenó nuevamente a la pena capital con secuestro de sus bienes.

Tras la muerte de Pedro de Valdivia en Tucapel, había tomado el mando desde Santiago al sur, Francisco de Villagra, eterno enemigo de Francisco de Aguirre. Bastó que fuera éste quien perseguía a Garibaldo, para que el nuevo mandatario lo tomara bajo su protección. Villagra declaró nulo todo lo obrado por el alcalde Gutiérrez de La Serena y le condenó a pagar los perjuicios, alegando que en su gestión «no tuvo para ello causa justa ni colorida».

Gutiérrez apeló de la sentencia a la Audiencia de Lima. Garibaldi también lo hizo en 1559. La causa no siguió su trámite, seguramente, por haber medido un avenimiento entre las partes.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo